

Retrato del caballero guipuzcoano.

D. IGNACIO MANUEL DE ALTUNA.

POR

JUAN JACOBO ROUSSEAU.



Noticioso de que el filósofo Rousseau, cuyas obras han merecido y alcanzan todavía juicios tan varios como contradictorios, se ocupaba en una de ellas de un caballero guipuzcoano, de quien hacía una admirable pintura, revisé un día, hace ya algunos años, el volúmen completo de sus numerosas publicaciones, y en la parte 2.^a, libro VII de sus *Confesiones* (página 124 de la edición de Paris, de 1826) me encontré agradablemente sorprendido con el siguiente bellissimo retrato del azcoiliano I). Ignacio Manuel de Altuna, de quien apenas he podido encontrar en nuestro país noticia biográfica que valga la pena, y que, no obstante, debió ser persona de grandísimo valer, cuando un filósofo como Rousseau se ocupa de él en los términos que lo hace, mucho más si se tiene en cuenta el contraste de las ideas de uno y otro y la diversidad de sus opiniones.

Agradablemente sorprendido con el hallazgo, pues es un consuelo que los extraños se ocupen con elogio de nuestros hombres, ya que entre nosotros existe desgraciadamente tal abandono en esta y otras cosas análogas, traduje casi al pie de la letra la larga cita de Rousseau, y la reproduzco hoy á continuación de estas líneas, en la confianza de que será leída con placer por los suscritores de la EUSKAL-ERRIA la honrosa pintura del filósofo de Ginebra, que dice así:

»Había hecho conocimiento en Venecia con un Bizcaino, amigo de mi amigo Carrio, y digno de serlo de todo hombre de bien.

»Este jóven, nacido para todos los talentos y todas las virtudes, acababa de dar la vuelta á Italia, para adquirir el gusto en las bellas artes, y no imaginando alcanzar otro objeto, quería regresar derechamente á su pátria. Yo le dije que las artes no eran más que el recreo de un génio como el suyo hecho para cultivar las ciencias, y le aconsejé, para que fuese tomando gusto á esta idea, un viaje y una estancia de seis meses en Paris. El me creyó y fué á Paris.

»Estaba allá, y me esperaba, cuando yo llegué. Su habitacion era escesivamente grande para él; me ofreció la mitad, y acepté. Lo encontré en el fervor de las ciencias profundas. Nada estaba fuera de su alcance; devoraba y digería todo con una prodigiosa rapidéz. ¡Cuántas veces me dió las gracias por haber procurado este alimento á su espíritu que el deseo de saber consumía sin que él mismo se diera cuenta!

»¡Qué tesoros de luces y de virtudes encontré en esta alma esforzada! Conocí que era el amigo que me hacía falta; nos hicimos íntimos. Nuestros gustos no eran los mismos; disputábamos todos los días. Obstinados ambos, jamás estábamos acordes en nada, y con todo no podíamos separarnos, y contrariándonos sin cesar, ninguno de los dos hubiera querido que el otro fuese distinto de como era.

»Ignacio Manuel de Altuna era uno de esos hombres raros que solo la España produce, y de los que produce demasiado pocos para su gloria. No tenía esas violentas pasiones nacionales comunes en su pais. La idea de la venganza no podía encontrarmás cabida en su espíritu que el deseo en su corazon. Era demasiado altivo para ser vengativo, y muchas veces le oí decir, con gran sangre fria, que ningun mortal podía ofender su alma. Era galante sin ser cariñoso. Jugaba con las mujeres como con lindas criaturas. Se chanceaba con las queridas (*maitresses*) de sus amigos, pero yo jamás le conocí ninguna, ni el menor deseo de tenerla. Las llamas de la virtud, que devoraban su corazon, no permitieron jamás que brotára de sus sentidos el fuego de la concupiscencia. (*)

(*) Contra mi voluntad he tenido que separarme algo del texto literal del autor en la traduccion de esta frase, que de otra manera resulta, en mi sentir, algo oscura. Creo haber interpretado fielmente el pensamiento original de Rousseau, pero, no obstante, reproduzco á continuacion sus mismas palabras, por si hubiera podido equivocarme. Dicen así :

«*Les flammes de la vertu, dont son coeur étoit dévoré, ne permettent jamais á celles de ses sens de naître.*» (N. del T.)

»Después de sus viajes casó, murió joven y dejó hijos, y estoy persuadido, como de mi existencia, de que su mujer es la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor.

»En su aspecto exterior era devoto como un español; pero en su corazón abrigaba la piedad de un ángel.

»*A excepcion mía, no he visto desde que existo otra persona más tolerante que él.* Jamás se informó de cómo pensaba hombre alguno en materia de religión. Poco le importaba; que su amigo fuese judío, protestante, turco ó ateo, como fuese un hombre honrado. Obstinado, testarudo sobre todos los demás asuntos, cuando se trataba de religión ó moral, se recogía, callaba, ó decía simplemente : *Yo únicamente estoy encargado de mí mismo.*

»Es increíble que pudiese reunir tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minuciosidad.

»Distribuía y fijaba de antemano el empleo del día por horas, por cuartos de hora, y hasta por minutos, y seguía esta distribución con tal escrupulosidad, que si sonaba la hora en tanto que leía una frase, cerraba el libro sin acabarla. Todos estos intervalos de tiempo, así interrumpidos, los utilizaba para éste ó el otro estudio; los tenía señalados para la reflexión, para el rosario, las visitas, la música, la pintura, y no había para él ni placer, ni tentación, ni complacencia que le hiciese variar este orden. Solamente el cumplimiento de un deber hubiera sido bastante para tal resolución.

»Cuando me mostraba la lista de sus distribuciones á fin de que le manifestase mi conformidad, comenzaba yo por reirme y acababa por llorar de admiración.

»Jamás molestaba á nadie, pero despedía sin contemplación á las personas que; por cortesía, querían incomodarle. Era arrebatado sin ser de mal genio. Le ví muchas veces colérico pero jamás enojado. Nada más festivo que su humor; sabía recibir bromas y gustaba de darlas, y aun brillaba en ello, pues poseía el talento del epigrama. Cuando se le incitaba era bullicioso y alborotador de palabra, su voz escuchábase desde lejos, pero en tanto que gritaba se le veía sonreír, y en medio de sus arrebatos de cólera le ocurría cualquiera dicho agudo que hacía soltar la risa á todos.

»No tenía ni el color, ni el aspecto, ni la flema española. Su piel era blanca, su mejilla sonrosada, los cabellos de un color castaño claro, y era alto y bien formado. Su cuerpo había sido hecho para alojar su alma.

»Este sábio, así de corazón como de cabeza, era conecedor de los hombres, y fué mi amigo. Hé aquí mi respuesta á quien no lo es.

«Nos llevábamos tan bien que hicimos el proyecto de pasar juntos nuestros días. Yo debía, durante algunos años, marchar á reunirme en Azcoitia para vivir con él en su tierra natal. Este proyecto quedó completamente arreglado entre nosotros la víspera de su partida. No faltó más que lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los sucesos posteriores, mis desastres, su casamiento, su muerte, en fin, nos han separado para siempre. Diríase que solamente alcanzan éxito los negros complots de los malvados; los inocentes proyectos de los buenos casi nunca obtienen cumplimiento.»

(Por la traducción, J. MANTEROLA.)

DÉCIMA DE CALDERON

Cuentan de un sábio, que un día
 Tan pobre y misero estaba:
 Que sólo se sustentaba
 De unas yerbas que cogía.
 ¿Habrà otro—entre sí decía—
 Más pobre y triste que yo?
 Y cuando el rostro volvió
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro sábio cogiendo
 Las yerbas que él arrojó.

VERSION EUSKARA,

Egun batean, esaten dute jakintsu batengatikan
 Zegoela aĩn beartsu eta doakabero, ezikan
 Bizitzen zala edo bazkatzen aĩn bakar bakarchorikan
 Berak bildutzen zituen belar triste batzuek janikan.
 ¿Izango ote da (beregian zion) mundu ontan besterikan
 Ni naizen baña beartsuago eta tristeagorikan?
 Eta arpegia atze aldera orduan itzulirikan
 Arkitu zuen eranzuera, abian ikusirikan
 Beste jakintsu bat zijoala jarraitutzen atzetikan
 Bildutzen arek bota zituen ostoak oso pozikan.

CLAUDIO DE OTAEGUI.